

CAPÍTULO DOS

El senador Owen Tovar soltó un largo suspiro. —¿Cómo supo Delarosa que había una bomba atómica en ese barco? —echó un vistazo a Haru Sato, el soldado que le había comunicado la noticia, y luego miró al oficial de Inteligencia de la isla, el señor Mkele—. O, lo que viene más al caso, ¿cómo es que usted no lo sabía?

—Sabía que había una flota hundida —respondió Mkele—. No tenía idea de que llevaba una ojiva nuclear.

A Haru, Mkele siempre le había parecido un hombre capaz y seguro de sí; aterrador cuando habían estado en bandos opuestos, ferozmente tranquilizador cuando estaban en el mismo. Ahora, sin embargo, el oficial de Inteligencia parecía desesperado y apabullado. Le resultaba más perturbador ver a Mkele así, incapaz de dar una respuesta, que los horrores que los habían llevado a esa situación.

—Uno de los hombres del grupo de resistencia de Delarosa lo sabía —dijo Haru—. No sé quién. Un viejo integrante de la armada.

—¿Y se lo guardó todos estos años? —preguntó Tovar—. ¿Acaso quería que fuera una sorpresa?

—Probablemente tenía el temor comprensible de que, si se lo contaba a alguien, buscara el arma y tratara de usarla. Y resulta que eso fue precisamente lo que pasó —respodió el senador Hobb dando unos golpecitos en la mesa.

—El argumento de Delarosa es que los Parciales nos están superando —dijo Haru. Los cuatro hombres se encontraban en las profundidades de los túneles que había debajo del antiguo Aeropuerto Internacional J. F. Kennedy; ahora se hallaba en ruinas, pero estaba rodeado por un terreno amplio y despejado que hacía que fuera fácil divisar a cualquier enemigo que intentara acercarse. Se había convertido en el último y desesperado escondite del Senado en fuga—. No solo ahora, sino siempre; dice que la raza humana nunca podrá recuperarse mientras existan Parciales. Y lo peor es que tiene razón, pero eso no significa que el hecho de detonar una bomba atómica vaya a mejorar las cosas. Yo se lo habría impedido, pero tiene todo un ejército de guerrilleros, y la mayor parte de mi unidad se unió a ellos —explicó, y sacudió la cabeza.

Haru era el más joven de los cuatro hombres, con apenas veintitrés años, y ahora se sentía como un niño más que lo que se había sentido en años; desde el Brote, en realidad. La destrucción y el caos eran de por sí terribles, pero lo que más le afectaba era la familiaridad, la sensación de que todo ese horror ya se había dado antes, doce años atrás, cuando el mundo se había terminado, y ahora se repetía. Él volvía a ser aquel niño, perdido, confundido y desesperado por que alguien, no importaba quién, interviniera y mejorara las cosas. Esa sensación no le agradaba en absoluto, y se odiaba por permitirle entrar en su mente. Ahora era padre, el primero en doce años que tenía una hija viva, sana, respirando, y él y la madre de la criatura se encontraban atrapados en medio de tanto desastre. Tenía que recomponerse, por ellas.

—Delarosa me caía mejor cuando estaba en la cárcel —comentó Hobb—. Eso es lo que obtenemos por confiar en terroristas —echó un vistazo a Tovar—. Exceptuando a los aquí presentes, claro.

—No, tiene razón —respondió Tovar—. Nos hemos acostumbrado a confiar en los fanáticos, y rara vez las cosas nos han salido bien. Yo fui un terrorista bastante experto, lo suficiente como para lograr que me cambiaran el rótulo por el de “luchador por la libertad”, pero como senador soy pésimo. Nos agradan los que salen a pelear, especialmente cuando coincidimos con ellos, pero lo que en realidad importa es el siguiente paso. Lo que viene después de la lucha —sonrió con tristeza—. He decepcionado a todos.

—Usted no tuvo la culpa de la invasión Parcial —intervino Mkele.

—Los últimos exponentes de la raza humana se alegrarán de saberlo —repuso Tovar—. A menos que la invasión Parcial sea un gran éxito; en ese caso, reclamaré todo el mérito para mí.

—Solo si Hobb no se le adelanta —intervino Haru.

El senador Hobb balbuceó un intento de defensa, pero Mkele se limitó a mirar a Haru con desaprobación.

—Tenemos cosas más importantes que hacer que intercambiar insultos.

—Aunque sean ciertos —acotó Tovar. Mkele y Hobb lo miraron, enojados, pero él simplemente se encogió de hombros—. ¿Qué? ¿Acaso soy el único que admite sus fracasos personales?

—Hay una criminal de guerra condenada, suelta en nuestra isla y con un arma nuclear en su poder —dijo Hobb—, para no mencionar al ejército de supersoldados que está asesinándonos como si fuéramos ganado. ¿Podemos, tal vez, concentrarnos en eso y no en los ataques personales?

—No la usará contra la isla —replicó Haru—. Ni siquiera Delarosa es tan sanguinaria. No se propone matar a los Parciales, sino salvar a los humanos; obviamente, de todos modos va a matar a los Parciales, pero no a costa de los pocos que quedamos.

—Es un buen sentimiento —dijo Mkele—, pero una ojiva nuclear es un arma muy imprecisa. ¿Cómo sabemos que la usará con sensatez? En el mejor de los casos la lleva al continente, la detona en alguna parte al norte de los Parciales y deja que la radiación residual acabe

con ellos. Pero lo más probable es que la lleve a la base Parcial en White Plains, la detone allí y nos mate a todos con la radiación.

—Lo cual puede ser el único plan que dé resultado —comentó Hobb—. Que nosotros sepamos, ni siquiera son susceptibles al envenenamiento por radiación.

—¿A qué distancia está White Plains? —preguntó Tovar—. ¿Alguien tiene un mapa?

—Siempre —respondió Mkele; colocó su maletín sobre la mesa y destrabó las cerraduras con un par de chasquidos leves—. Llevaría días viajar desde aquí a White Plains, porque habría que rodear el estrecho de Long Island —desplegó un mapa de papel y lo extendió sobre la mesa—. Aunque cruce el estrecho en barco, que sería la ruta en la que habría más probabilidades de que la atraparan, demoraría un par de días en llegar, como mínimo. Meses, quizá, si logra mantenerse escondida durante el viaje. Pero a vuelo de pájaro, no es tan lejos. Desde White Plains hasta East Meadow hay... —examinó el mapa, señalando ambas ciudades, y midió la distancia con una regla de plástico desgastada por el uso—. Unos sesenta y cinco kilómetros —levantó la vista—. ¿Sabemos qué clase de bomba tiene? ¿Qué carga?

—Dijo que la sacó de un barco llamado *The Sullivans* —respondió Haru—. Así, en plural, no sé por qué.

—Es un destructor —indicó Tovar—, de clase Arleigh Burke: un buque que ya era antiguo doce años atrás, pero muy confiable; la armada los usó durante muchos años. Se llamaba así por cinco hermanos que murieron en la misma batalla de la Segunda Guerra Mundial.

—¿No era que no sabía sobre la bomba? —preguntó Hobb.

—Y así es —respondió Tovar—, pero estuve en la armada. No encontrará un solo barco cuyas especificaciones no conozca.

—Entonces, díganos las características de este —pidió Mkele—. ¿Ese destructor estará armado con misiles nucleares, o solo habrán puesto uno en la bodega para detonarlo a bordo, como un bombardero suicida?

—Los destructores Arleigh Burke iban armados con Tomahawks. Es un misil nuclear de crucero con carga de doscientos, quizá trescientos kilotones. Están diseñados para ataques de largo alcance, pero los Parciales tenían suficientes defensas antimisiles para destruirlos antes de que dieran en el blanco. Supongo que la razón por la que está frente a la costa de Long Island es que lo acercaron para detonarlo en el lugar mismo; habrían sacrificado la flota, igual que la mayor parte de Nueva York, Nueva Jersey y Connecticut, pero habrían destruido a los Parciales casi por completo.

Haru hizo una mueca, maravillándose una vez más por la desesperación que debió impulsar al antiguo gobierno a pensar algo así, aunque, por otro lado, supuso que no estarían en una situación más desesperada que la suya en este momento. Antes del fin del mundo, y sabiendo que estaba por acabarse, una bomba atómica habría sido un precio muy bajo: mataría a todos los que estuvieran al alcance y destruiría el área por varias décadas, pero los Parciales habrían desaparecido. Tal vez habría valido la pena. Sin embargo, ahora que los últimos integrantes de la raza humana estaban a apenas sesenta y cinco kilómetros...

—¿Cuál es el radio de destrucción? —preguntó Haru—. ¿Matará a todos en la isla?

—No necesariamente —respondió Tovar—, pero no nos conviene estar aquí si podemos evitarlo. Con esa carga, la bola de fuego inicial abarcará unos dos kilómetros y medio: esa es la zona que tendrá más de cien millones de grados, y la onda expansiva lo destruirá todo en un radio de ocho o nueve kilómetros. Todo lo que esté dentro de esa zona arderá al instante, y tanto fuego, al iniciarse en forma tan abrupta, absorberá suficiente aire como para provocar un huracán, cuyos vientos alcanzarán temperaturas tan altas como para hacer hervir el agua. En cuestión de minutos todo ser vivo dentro del radio de los... dieciséis kilómetros de la explosión estaría muerto, y ocho o quince kilómetros más allá aún morirían los suficientes como para no advertir la diferencia. Aquí,

en la isla, no tendremos esos efectos primarios. Podríamos sentir una sacudida, y cualquiera que estuviera mirando directamente hacia la detonación quedaría ciego, pero eso debería ser lo peor. *Debería ser*. Hasta que la nube de cenizas radiactivas nos provoque leucemia y muramos en una agonía lenta e incapacitante.

—¿Y de qué tamaño sería la nube de cenizas? —preguntó Haru.

—Una nube de cenizas nucleares no se irradia como una onda expansiva —explicó Mkele—. Es una distribución de material físico, por lo que su forma exacta dependerá de las condiciones meteorológicas. En esta región, los vientos principales suelen soplar hacia el noreste, de modo que la mayor parte de la nube irá hacia allá, pero aun así recibiremos radiación periférica: algunas precipitaciones ligeras en los bordes, residuos de los vientos de la tormenta ígnea.

—Cualquiera que se encuentre dentro de un margen de ciento cincuenta kilómetros hacia donde sopla el viento estará muerto en dos semanas —indicó Tovar—. Solo nos queda esperar que los vientos no cambien.

—O sea que, efectivamente, los Parciales quedarán destruidos —concluyó Hobb.

—Todos los que estén en el continente, sí —respondió Mkele—, pero a tan poca distancia de la detonación perderemos además muchas vidas humanas, incluso en condiciones ideales.

—Sí, pero los Parciales desaparecerán —insistió Hobb—. El plan de Delarosa dará resultado.

—Me parece que no entiende lo que esto implica... —intervino Haru, pero Hobb lo interrumpió en tono brusco.

—Creo que usted tampoco. Francamente, ¿qué opciones tenemos? ¿Cree que podamos detenerla? Todo el ejército Parcial lleva semanas buscando a Delarosa, y sin éxito. Casi no podemos salir del subsuelo sin que nos disparen, de modo que estoy bastante seguro de que nosotros tampoco vamos a encontrarla. Podríamos ubicar a su fuerza de ataque,

tal vez, porque tenemos protocolos para eso, pero probablemente sea imposible hallar al equipo que traslada la ojiva. Esa bomba va a estallar, nos guste o no, y tenemos que prepararnos.

—Los Parciales la atraparán —repuso Mkele—. Una ojiva nuclear no es fácil de transportar; afectará su capacidad de mantenerse a cubierto.

—Y si eso ocurre, podría detonarla allí mismo —dijo Hobb—. Mientras esté por lo menos a treinta kilómetros de East Meadow, nuestro principal centro poblado estará a salvo, y luego los vientos llevarán la radiación al norte, hacia White Plains.

—Si es que llega a los treinta kilómetros —acotó Haru.

Tovar levantó una ceja.

—¿Estamos dispuestos a arriesgar a la raza humana por un par de hipótesis?

—¿Qué estamos arriesgando? —preguntó Hobb—. Enviamos a alguien para que la detenga, mientras los demás evacuamos la isla; no sacrificaremos nada, a menos que no actuemos.

—Hobb no exageraba al decir lo difícil que es moverse por aquí —opinó Mkele—. Haru puede hacerlo porque está entrenado, pero ¿cómo piensan llevar a cabo una evacuación masiva sin llamar la atención?

—Lo hacemos después de la explosión —respondió Hobb—. Hacemos correr la voz, preparamos todo, y cuando estalle la bomba y la fuerza de ocupación esté distraída, nos levantamos, matamos tantos Parciales como podamos, y huimos al sur.

—O sea que su plan consiste en matar a un ejército superior —dijo Tovar— y luego correr más rápido que el viento. Me alegro de que sea tan sencillo.

—Tenemos que evacuar antes —dijo Haru—, ahora mismo, para evitar incluso la periferia de la radiación nuclear.

—Ya hemos dicho por qué eso no es posible —replicó Hobb—. No hay manera de trasladar a tanta gente sin que los Parciales nos vean y lo impidan —miró a los otros—. Recuerdenme por qué está aquí este chico.

–Demostró ser valioso –respondió Mkele–. No estamos precisamente en situación de rechazar ayuda.

–Por eso mismo usted también sigue aquí –acotó Tovar.

–Mi esposa y mi hija están en East Meadow –dijo Haru–, y ustedes ya saben quiénes son; todo ser humano sabe quiénes son. Y eso significa que no tenemos tiempo que perder. Arwen es la única criatura humana en el mundo y va a llamar la atención; que nosotros sepamos, podrían estar ya bajo custodia Parcial en alguna parte, listas para que las corten y las analicen.

–No podemos perder a esa niña –dijo Tovar, y Haru vio que el temor que reflejaba su rostro era real–. Arwen representa el futuro. Si muere en esa explosión, o por la radiación posterior...

–Por eso tenemos que irnos ahora –insistió Haru–, antes de que Delarosa detone esa bomba. Tiene que haber una manera.

–El plan de Hobb utiliza la explosión como distracción –dijo Mkele–. Pero ¿y si los distrajéramos de otra manera?

–Si pudiéramos crear una distracción lo suficientemente grande como para derrotar a los Parciales, ya lo habríamos hecho –respondió Hobb–. Lo único que tenemos es la bomba.

Mkele sacudió la cabeza.

–No es necesario que los derrotemos; solo que llamemos su atención. Los guerrilleros de Delarosa ya lo han estado haciendo, más o menos, pero si lo hiciéramos con todo...

–Moriríamos –lo interrumpió Tovar–. Es como dijo Hobb: si pudiéramos hacerlo sin riesgo, ya lo habríamos hecho.

–Pues entonces no lo hagamos sin riesgo –insistió Mkele. Y los otros hombres callaron–. La situación es lo más definitiva y fatal posible. Estamos hablando de una explosión nuclear a sesenta y cinco kilómetros del último grupo de seres humanos del planeta. Incluso en el mejor de los casos, si alguien encuentra a Delarosa y logra detenerla a tiempo, quedamos atrapados en manos de una especie invasora que nos trata

como ratas de laboratorio. Un ataque masivo a los Parciales matará a todos los soldados humanos que lo intenten, con eso no podemos hacernos ilusiones. Pero si existe una posibilidad de que se salven los demás humanos, ¿cómo podemos decir que no vale la pena?

Haru pensó en su familia: su esposa, Madison, y su hijita. No soportaba la idea de dejar a Arwen sin padre, pero Mkele tenía razón: cuando la única alternativa es la extinción, muchos horrores se vuelven aceptables.

—De todos modos vamos a morir —dijo—. Al menos así nuestra muerte tendrá sentido.

—No se ofrezca todavía como voluntario —repuso Tovar—. Este plan tiene dos partes: un grupo crea la distracción y el otro lleva a todos los demás tan al sur como sea humanamente posible. Con perdón del juego de palabras.

—Entonces huimos —dijo Mkele, con voz sombría—. Nos alejamos de nuestra única oportunidad de tener la cura. ¿O ya lo hemos olvidado?

Volvió el silencio. Haru sintió que se le iban durmiendo las piernas y la espalda; sin importar cuán lejos llegaran a huir, aún tenían el RM. Arwen estaba viva porque Kira había encontrado la cura en el sistema de feromonas de los Parciales, pero hasta ahora los humanos no habían logrado replicarla en un laboratorio. Tendrían que volver a empezar en un nuevo establecimiento médico, y podrían tardar años en encontrar uno y ponerlo en condiciones de uso... y no había ninguna garantía de que tuvieran éxito otra vez. Si los Parciales morían, era casi seguro que la cura moriría con ellos.

Por la cara de los demás, Haru se dio cuenta de que estaban pensando en el mismo problema sin solución. Sentía la garganta seca, y su voz sonó débil al romper el silencio.

—Para nosotros, el mejor de los casos se acerca cada vez más al peor.

—Los Parciales son nuestros peores enemigos, pero también son nuestra única esperanza para el futuro —continuó Mkele. Unió los dedos

como formando un campanario y los presionó contra su frente un momento, antes de proseguir—. Tal vez deberíamos llevarnos algunos.

—Lo dice como si fuera fácil —observó Haru.

—¿Qué quiere hacer? —preguntó Tovar—. ¿Conservar algunos en jaulas y sacarles la feromona cuando la necesitemos? ¿No le parece un poco perverso?

—Mi trabajo es proteger a la raza humana —repuso Mkele—. Si esto marca la diferencia entre la vida y la extinción, pues sí, voy a enjaular a algunos Parciales.

—Siempre olvido que usted tenía el mismo puesto con Delarosa —dijo Tovar, en tono muy serio.

—Ella trataba de salvar la raza humana —replicó Mkele—. Su único delito fue estar dispuesta a ir demasiado lejos para lograrlo. Decidimos, brevemente, que no queríamos seguir sus planes, pero ¿dónde estamos ahora? Escondidos en el subsuelo, dejando que ella libre nuestras batallas, pensando seriamente en permitirle detonar una bomba atómica. Hemos dejado muy atrás el punto en que podíamos elegir nuestra moralidad: o salvamos a nuestra especie o no.

—Sí —dijo Tovar—, pero yo preferiría que, al final, aún valiera la pena salvarnos.

—O salvamos a nuestra especie o no —repitió Mkele, esta vez con más fuerza. Miró a los otros hombres uno por uno, empezando por Hobb. El senador amoral asintió casi de inmediato. Luego Mkele se volvió hacia Haru, que lo miró solo un momento y luego asintió a su vez. *Cuando la alternativa es la extinción, toda clase de horrores se vuelven aceptables.*

—No me gusta —dijo Haru—, pero lo prefiero a que muera todo el mundo. No nos queda tiempo para algo mejor.

Mkele se volvió hacia Tovar, que levantó las manos con frustración.

—¿Sabe durante cuánto tiempo luché contra esa clase de políticas fascistas?

—Lo sé —respondió Mkele con calma.

–Yo inicié una guerra civil –prosiguió Tovar–. Bombardeé a mi propia gente porque pensaba que la libertad era más importante que la supervivencia. No tiene sentido salvarnos si, al hacerlo, vamos a perder nuestra humanidad.

–Si vivimos, podemos cambiar –repuso Mkele–. Una nación basada en la esclavitud puede redimirse, pero no si todos morimos.

–Esto está mal –insistió Tovar.

–Nunca dije que no lo estuviera –respondió Mkele–. Todas las opciones que tenemos son malas. Este es el menor de noventa y nueve males.

–Yo encabezaré la distracción –dijo Tovar–. Daré mi vida para ayudar al resto de ustedes a escapar, y venderé esa vida lo más cara posible. Qué diablos; de todos modos siempre fui mejor terrorista que senador –los miró fijamente–. Solo les pido que no renuncien todavía a la bondad. Tiene que haber una manera mejor de resolver esto –abrió la boca para agregar algo más, pero se limitó a sacudir la cabeza y a dar media vuelta para marcharse–. Ojalá la encontremos a tiempo.

La mano de Tovar estaba a pocos centímetros de la perilla de la puerta cuando, de pronto, la puerta tembló y casi saltó de sus bisagras. Alguien la golpeaba con fuerza desde afuera.

–¡Senador!

Era una voz joven, pensó Haru; probablemente la de otro soldado. Tovar miró al resto del grupo con curiosidad y luego abrió la puerta.

–Senador Tovar –dijo el soldado, que casi tropezó en su apuro por hablar–. El mensaje cesó.

–¿El mensaje... cesó? –repitió Tovar, confundido.

–El mensaje radial de los Parciales –explicó el soldado–. Dejaron de transmitirlo. Todos los canales están limpios.

–¿Está seguro? –preguntó Mkele, poniéndose de pie.

–Revisamos todas las frecuencias.

–La encontraron –dijo Haru, atónito por la súbita mezcla de alivio y terror. Hacía años que conocía a Kira, y la idea de que estuviera en

manos del enemigo le resultaba repulsiva, pero ella sería la primera en decir que era más que justo intercambiar a una sola chica por los cientos de personas que los Parciales parecían dispuestos a asesinar en su búsqueda. Había llegado a odiarla por no entregarse, y a la larga se había convencido de que era imposible que aún estuviera en la isla. Tenía que haber escapado o muerto; de otro modo, ya se habría entregado. Nadie podía quedarse en silencio mientras se ejecutaba a tanta gente. *Pero si la capturaron, tal vez eso significa que siempre estuvo aquí...* La idea lo enfureció.

—No estamos seguros de que la hayan encontrado —opinó Mkele—. Es posible que su torre radial haya sufrido un desperfecto temporal.

—O que se hayan dado por vencidos —sugirió Hobb.

—Sigán monitoreando las frecuencias —le ordenó Tovar al soldado—. Avísenme apenas oigan algo. Iré con ustedes cuando pueda.

El soldado asintió y se marchó a toda prisa. El senador cerró la puerta y le echó llave, para mantener la conversación en secreto. Nadie más estaba enterado de la bomba, y Haru sabía que era mejor que así fuera.

—¿Cómo afecta esto nuestros planes? —preguntó, al tiempo que se volvía hacia el grupo—. ¿Cambia algo? Aún hay una bomba, y es probable que Delarosa siga con su objetivo. Incluso sin las ejecuciones diarias, es asunto de tiempo, y este es el mayor golpe que puede asestarles.

—Si los Parciales se retiran, la bomba se convierte en una opción más atractiva aún —dijo Mkele—, porque matará a una mayor cantidad de ellos en la explosión.

—Y también a Kira —acotó Haru. No estaba seguro de lo que sentía al respecto.

—Hace veinte minutos estábamos tratando de justificar este ataque, y ahora no soportamos renunciar a él —comentó Tovar, con una sonrisa cargada de tristeza.

—Delarosa va a seguir adelante con su plan —dijo Hobb—, y nosotros deberíamos continuar con el nuestro.

—En ese caso, supongo que es hora de hacer enojar al enemigo que tanto nos supera en número —anunció Tovar. Hizo un saludo militar muy tieso; el ex marino resurgió como por arte de magia desde el interior del viajero vetusto y curtido—. Ha sido un placer trabajar con ustedes.

Mkele le respondió el saludo, y luego se volvió hacia Hobb y Haru.

—Pongo la evacuación a su cargo.

—Se refiere a mí —dijo Hobb.

—Se refiere a los dos —replicó Haru—. No crea que está a cargo solamente porque es senador.

—Tengo el doble de edad que usted.

—Si esa es la mejor razón que se le ocurre, decididamente no queda a cargo —Haru se puso de pie—. ¿Sabe disparar?

—Me entrené con un fusil desde que fundamos East Meadow —respondió, indignado.

—Entonces prepare sus cosas. Salimos en una hora —dijo Haru. Y dejó la habitación, sumido en sus pensamientos. Tal vez los Parciales sí habían encontrado a Kira, pero ¿dónde? ¿Y por qué ahora, después de tanto tiempo?

Y ahora que la tenían, ¿qué iban a hacer?